

Creemos inútil añadir una línea más.

Que se casaron los dos enamorados, no hay para qué decirlo, y mucho menos que en su mutuo amor encontraron todas las felicidades.

En el sitio preferente del nido de aquellos tórtolos se vela siempre, encerrado en elegante caja de ébano y oro, el violín origen de la dicha que disfrutaban.



— Sé que eres muy amable; pero acércate más, ven á mi lado, así.

ESPERANZA

I

En las primeras horas de una calurosa noche del mes de julio transitaba por una de las calles de la villa y corte una dama, que por su aire distinguido y elegante porte parecía de elevada alcurnia. Su traje era lujoso, su talle esbelto, su rostro hermoso, aunque empezaba á ser surcado por las arrugas de la ancianidad, y su frente á verse coronada por la nieve de los años; en su fisonomía se reflejaban los más nobles sentimientos. Andaba con ligero paso y su mirada vagaba distraída; mas de pronto la sacó de sus meditaciones una voz dolorosa que decía:

— Señora, ¿me da usted una limosna?

Volvió la cabeza vivamente y vió á su lado á un hombre que ha rato la seguía.

Aquel hombre era joven, de bella figura y aspecto de buena educación. La dama iba sin duda de prisa, y

contestó con un «Dios le ampare.» Entonces por la fisonomía del joven pasó una nube de inmenso dolor; su rostro se contrajo, un largo sollozo que quiso contener y no pudo levantó su pecho, y murmuró con acento lleno de amargura:

— Mi familia tiene hambre y me he visto obligado á pedir como un mendigo; perdone usted si la he molestado.

La noble señora se detuvo, como si aquellas palabras hubieran herido directamente su corazón; su rostro expresó profunda emoción, sus lágrimas respondieron al sollozo del mendigo, y siguió con una mirada llena de interés á aquel hombre que había logrado agitar todas las fibras de su corazón, y que se alejaba con vacilante paso.

— ¡Dios mío! — murmuró la dama. — Ese hombre me ha hecho sentir con una palabra la emoción más grande que he conocido en mi vida; es que Dios concede al desvalido acentos poderosos que conmueven nuestra alma.

Y la elegante dama, impulsada por una irresistible atracción, echó á andar tras el mendigo.

Una en pos de otro, atravesaron medio Madrid, llegaron á los barrios bajos, y á lo último de la calle de Lavapiés el joven se detuvo ante una casa de pobre apariencia; un gesto de dolor contrajo entonces su rostro, se pasó la mano por la abrasada frente, y haciendo un esfuerzo supremo penetró en la casa.

La dama entró detrás, subieron la empinada esca-

lera, y el joven empujó la puerta de una de las buhardillas y desapareció tras ella. Se oyó una exclamación de placer lanzada por una garganta juvenil, y la elegante señora sintió un irresistible impulso de curiosidad é interés. Se aproximó á la puerta, que había quedado entornada, miró por la cerradura, y vió á una joven hechicera, hermosa á pesar de su palidez, simpática y distinguida á pesar de su miseria; tenía en los brazos un niño de pocos meses, y una niña como de cuatro años, blanca y rubia, bella como un ángel, descansaba en un pobre jergón con la tranquilidad propia de la infancia.

— ¡Y bien, Luis — oyó decir con una voz pura y argentina, — has encontrado recursos?

— ¡Oh! — repuso él con desesperado acento, — nada, siempre nada. No encontrando trabajo en ninguna parte, mi mano se ha extendido pidiendo una limosna, pero la caridad no existe ya; nadie se ha compadecido de mi acento de dolor, y he tenido que venirme sin un pedazo de pan para ti, mi ángel querido, y para este pobre ser que tan pronto ha sabido lo que es tener hambre. ¡Esto es horrible, Esperanza! ¡Esperanza! Tu nombre me la ha infundido siempre; mas ya es imposible tenerla. La desesperación llena mi alma, y al verte sufrir me siento capaz del crimen, y dudo... y maldigo...

— ¡Calla, calla, por Dios! — se oyó murmurar á ella con dulcísimo acento, — no delires. Hoy, como siempre, te repito: confía y espera. Tú mismo conoces

que te ha evitado terribles sufrimientos la esperanza que he sabido introducir en tu alma. Pues bien, Luis, esposo mío, ten esperanza hoy también, que quien ha encontrado, como nosotros, el más santo placer en ejercer la caridad, no puede ser abandonado por ella. ¿Crees, acaso, que Dios nos ha olvidado? No tal: Dios no olvida nunca á sus criaturas. Si hoy sufrimos, es porque Él lo ha dispuesto así, para que más admiremos su poder cuando sintamos el benéfico influjo de su munificencia. Si en los supremos instantes desfallecemos, ¿para cuándo ha creado Dios la virtud sublime de la esperanza? Confía, esposo mío, en que compadecido de nuestro sufrimiento, el que todo lo puede nos tenderá muy pronto su mano generosa.

— ¡Oh!, el cielo te bendiga, ángel querido. Tú conoces y practicas la misión sublime de la mujer, y con tu santa resignación me haces admirar á Dios. A ti debo los buenos sentimientos que adornan mi alma.

El joven calló, y la dama, que desde fuera escuchaba aquel interesante diálogo, sintió su rostro humedecido; era que sus lágrimas corrían al oír el acento desesperado de él, la voz dulcísima y llena de unción evangélica de ella.

— ¡Ah! — murmuró con acento conmovido. — Aquí hay una gran desgracia que remediar, una virtud sublime que premiar, una santa esperanza que fortalecer. Entremos á socorrer á ese ángel desconocido.

Empujó la puerta, y se encontró en la estancia don-

de los dos esposos, sentados y con las manos enlazadas, se contemplaban con dolor.

Ambos se levantaron vivamente sorprendidos. Entonces tuvo ocasión de ver la hermosura de ella, sus maneras distinguidas, la altiva esbeltez de su talle, la tenue palidez de su hechicero rostro, la dulcísima mirada de sus ojos. Era un tipo completo de dulzura y arrogancia, de gracia y sencillez.

— Señora — murmuró Esperanza, dominando su extrañeza y adelantándose con cortés expresión, — ¿tendrá usted la bondad de decirnos qué se le ofrece? Nos creeremos muy honrados si podemos servirla en algo.

Aquella joven hablaba con la natural soltura de la que está acostumbrada á recibir en su casa á personas distinguidas y á las formas que en sociedad se usan. La dama se fué aproximando á la joven con los ojos fijos en su hechicero rostro; cogió una de sus manos, y dijo, mientras la estrechaba con verdadera efusión:

— Quiero..., primero ver á usted, admirar sus sublimes sentimientos, darla una prueba de que la opulencia rinde también su tributo á la virtud, aunque la encuentre entre los harapos de la miseria; quiero convencer á su esposo de que Dios no abandona nunca á los que sufren, y que la caridad existe, puesto que vengo á ofrecer á ustedes cuanto valgo. Desde fuera he oído lo que ustedes han hablado; he adivinado en usted un ángel tan sublime como la virtud de su nombre, y he entrado á decirles: Dios premia siempre á

los que en Él confían. Soy rica, y ni ustedes ni sus hijos volverán á sentir el hambre; yo se lo juro.

Esperanza, que la escuchaba embelesada, cayó á sus pies, quiso besar sus manos.

— Gracias, gracias, señora — exclamó, ebria de placer; — el cielo la colme de felicidades.

La noble señora la levantó conmovida, y al hacerlo, cogió entre sus manos aquella cabeza artística é imprimió un beso en su despejada frente.

El joven, que presenció admirado aquel exceso de ternura, murmuró:

— Señora, yo agradezco á usted con toda mi alma sus nobles ofrecimientos, los cuales acepto, porque la miseria nos ahoga ya bajo su mano de hierro; pero quisiera saber qué hemos hecho para merecer sus bondades. Hoy por primera vez la he visto á usted, y fué en una ocasión que jamás se borrará de mi memoria.

— Cierto: era el instante en que por vez primera imploraba usted con triste acento la caridad de los transeuntes; el egoísta *Dios le ampare* salió entonces de mis labios y fué á herir su alma delicada; perdóneme usted. Arrepentida al momento de mi respuesta y vivamente impresionada por su voz desgarradora, seguí tras usted, oí el acento purísimo del ángel que el cielo le ha concedido por esposa, y me presenté á ustedes resuelta á que no vuelva la miseria á turbar el sueño de Esperanza.

— ¡Oh! Dios bendiga á usted como lo hace en nombre de sus hijos una madre infortunada.

Entonces se vió el extraño cuadro de una joven que extendía sus manos bendiciendo á una anciana que inclinaba conmovida su venerable cabeza.

Pasada la impresión del primer momento, la anciana señora enjugó una lágrima que por su rostro corría, y dijo:

— Ante todo, ocupémonos de lo más urgente; atenderemos á reanimar sus fuerzas por medio del alimento, y luego hablaremos. Aquí veo palpitar una historia interesante y quizá dolorosa que deseo oír con todos sus detalles; pero exigirles que me la dieran á conocer ahora, sería una imprudencia; más tarde les agradeceré en el alma que lo hagan.

— No se engaña usted: triste como el dolor es nuestra historia; pero mi madre me puso al nacer bajo la protección de Nuestra Señora de la Esperanza, y esta consoladora virtud, que nunca me ha abandonado, ha hecho mi suerte menos amarga. Todo lo sabrá usted, puesto que lo desea.

— Gracias; pero ahora lo que deseo es que hablen menos y obren más; la cadavérica palidez de ese pobre ángel que reposa me indica que la extremada debilidad la tiene en ese estado de sopor; es menester alimentarla al momento.

Una hora después estaba satisfecha la necesidad de aquella infeliz familia; los ojos brillaban y los labios sonreían con expresión de gratitud.

— Ahora, mis nuevos amigos — dijo entonces la da-

ma, — reclamo el cumplimiento de la promesa; deseo conocer todo el pasado de ustedes.

Luis se aproximó á ella.

— Esta tarea — dijo — me pertenece; todos los buenos sentimientos que en mi alma alientan los debo á Esperanza, á esta santa, que ha tenido también algo de mártir, y que con su cristiana resignación ha variado mil veces el rumbo de mi vida. Ella callaría todos sus nobles triunfos: escuche usted, señora.

La dama tomó la posición del que se prepara á escuchar un largo relato.

Luis echó hacia atrás sus negros cabellos, pasó la mano por su pálida frente, como si quisiera evocar sus recuerdos, y empezó así:

II

«En la perla del Océano, en la más linda de las ciudades de la poética Andalucía, en el bello Cádiz, conocí á Esperanza. Esta, huérfana y rica, estaba en poder de un tutor, hombre que con su hipocresía había conquistado la confianza de su difunto padre, y era un miserable, que avaro del dinero de su pupila y enamorado de sus prendas físicas y morales, tan sólo se ocupaba en guardar con cuidado su querida joya para que no se la robaran; seguro de que más tarde ó más temprano había de ser para él.

»Yo vivía solo, me sostenía con mi modesto patrimonio, si no con lujo, con desahogo. En cuanto la vi

la amé, ella me correspondió, y con su autorización pedí bien pronto su mano; pero defraudando el avaro nuestras esperanzas, me dió una rotunda negativa.

»No nos desanimamos, sin embargo; nos amábamos con el alma, y confiábamos en el porvenir. ¿Qué no consigue un amor constante? ¿Qué no vence la pasión? Tranquilos con la idea de que el amor todo lo puede, nos comunicábamos nuestros sentimientos por medio de cartas cambiadas con las mil ingeniosas tramas de que se valen los enamorados. Se descubrió al fin lo que constituía nuestra delicia, y Esperanza fué bruscamente sacada de Cádiz; pero yo los seguí por todas partes. Recorrimos varias provincias de España, y cuando el viejo más lejos me creía, me veía á su lado en el fondo de una diligencia ó en un departamento del tren. Desesperado al ver que no conseguía alejarme de su pupila, y abrigando un odio mortal hacia mí, porque le quería quitar el objeto de su constante ambición, volvió á Cádiz.

»Impotente para alejarme de su lado, la cólera del tutor se volvió contra Esperanza, que tuvo que sufrir su brutal trato, sus groseros insultos. Mil veces la ira me cegó y quise matar al miserable que se atrevía á ofender al ángel de mi amor; pero ella, aceptando desde aquel instante la misión sublime que á mi lado había de desempeñar: «Espera — me decía, — nada hay en la vida eterno; tras estas circunstancias vendrán otras mejores. La marcha invariable del tiempo trae nuevos acontecimientos y hace que todo llegue en el

mundo, lo que se ansía como lo que se teme. Ya sonará la hora de nuestra ventura; aguarda.»

»Este razonamiento tan juicioso lograba tranquilizarme, y esperaba confiado; mas pronto volvía mi impaciente afán y la proponía huir del miserable que la martirizaba. Su respuesta era siempre la misma:

— »La mujer no debe jamás abandonar su casa como una prófuga. Cuando sea mayor de edad, me sacará de aquí la ley para entregarme á mi esposo.

»Le faltaba un año para cumplir la edad, y tuve que resignarme á esperar.

»Terminaron nuestras relaciones, al parecer, para evitarle nuevos disgustos, y transcurrido el año, la justicia la sacó del poder de su tutor para depositarla en el seno de una familia amiga, de cuya casa salió cuando fué mi esposa.

»El furor del viejo fué terrible al verse arrebatarse su presa, y juró que mientras viviera sentiríamos todo el peso de su odio.

»Huyendo del miserable verdugo de Esperanza, vinimos á establecernos en Madrid; pero el tutor vino también.

»Durante un año nuestra felicidad no tuvo límites; cumplido este tiempo, el cielo nos concedió una hermosa niña que acabó de colmar nuestra ventura. Como no habíamos vuelto á saber de nuestro enemigo, concluimos por olvidarlo, entregándonos por completo al gozo supremo de nuestro mutuo afecto.

»Por entonces entabló relaciones conmigo un joven

á quien conocí en el casino. Era distinguido, de buena familia, y me mostraba tan extraordinario afecto, que me subyugaba; me complacía siempre, me halagaba, me acompañaba á todas partes, y bien pronto nos unió una estrecha amistad. ¡Ah, le creía amigo leal, y después supe que quería perderme, porque estaba vendido á mi enemigo!

»Con un talento infernal, con habilidad satánica, me hizo conocer los goces que proporciona la fortuna, los cuales había siempre despreciado; y sin advertirlo yo, me fué alejando lentamente de mi casa y de mi esposa. Cada día me proporcionaba un placer nuevo, y como el mal halaga nuestras pasiones, como nos seduce y nos embriaga, yo me dejaba llevar con alegría por aquella pendiente funesta, y á los pocos meses de mi amistad con aquel demonio, era un huésped en mi casa; ya no me encantaba la sonrisa de mi hija, ni reparaba en la tristeza de mi buena esposa.

»Si las recriminaciones y los reproches hubieran brotado entonces de los labios de Esperanza, mi ceguera hubiera llegado hasta el punto de olvidar su amor y mis deberes; pero lejos de eso, sólo una sombra de dolor se notaba en su semblante, y sus labios me sonreían como en los mejores tiempos de nuestra unión. Me mostraba á la niña con las más tiernas frases, y al ver tanta bondad, tan dulce cariño, me avergonzaba de mi conducta y besaba á mi hija con pasión, despertándose mi amor hacia la madre. Ella sonreía dichosa al ver mi reacción, y lo olvidaba todo.

»Pero, por nuestra desdicha, el ángel malo no me abandonaba; el fatal amigo en quien yo confiaba ciegamente, me apartó de nuevo con su malvada astucia, y no contento con esto, clavó en mi pecho el terrible aguijón de los celos.

»Visitaba nuestra casa un joven pariente de Esperanza; mi amigo me hizo sospechar que mi esposa quería vengarse de mi desvío, y mi pobre ángel recibió el nuevo ultraje de mis infundados celos.

»Al comprender mis infames sospechas, la vi perder por vez primera su proverbial dulzura y cubrirse su rostro de la enérgica expresión de la dignidad ofendida. Brilló en sus ojos la chispa ardiente de la indignación y exclamó con la altivez de la virtud, clavando en la mía su mirada de fuego:

—»El día en que tengas la seguridad de que te faltó, te concedo el derecho de matarme: esto será menos terrible que las crueles frases de tus dudas; pero mientras tal seguridad no tengas, respeta mi dignidad. Por si lo has olvidado, te recordaré que con mis ideas y convicciones jamás puede faltar una mujer á lo que debe á su esposo, á Dios, al mundo, y más que á nadie, á sí misma.

»Su dignidad me impuso, y sólo pude murmurar una palabra de disculpa. No volvió á oír ni un reproche de mis labios; pero desde aquel día la vigilé en silencio y me convencí de su inocencia. Su joven pariente dejó de visitarla, encerrándose ella en un absoluto retiro.

»Volvió con esto á reinar la paz en nuestra casa, y aun pudiera decir el amor; pues mi amor hacia Esperanza se había acrecentado, si cabe, con sus virtudes; mas esto no obstante, seguía recorriendo la senda fatal conducido por una mano enemiga, é iba gastando bastante á prisa nuestro capital. Ella parecía no advertir mi extravío, que amenazaba llevarnos á la ruina; pero con su exquisito tacto, con su adorable dulzura, procuraba arrancar suavemente la venda que cubría mis ojos y despertar mis buenos sentimientos. Una noche que me retiraba tarde, como siempre, entré á saludarla, según tenía por costumbre, y la encontré levantada y bordando.

—»Luis—me dijo con su dulce acento, con su sonrisa encantadora,—vén, siéntate á mi lado; tengo que pedirte un favor.

—»Habla—repuse, obedeciendo su indicación;—sabes que siempre he deseado complacerte.

—»Sé que eres muy amable; pero acércate más, vén á mi lado, así. Ahora, Luis mío, te indicaré mi deseo. Mañana á primera hora he de salir precisamente, y tendría especial gusto en que tú me acompañaras; quiero hacerte conocer el goce supremo de la vida; quiero que experimentes el placer más dulce, más inefable que puede embargar nuestra alma. ¿Estás dispuesto á acompañarme?

—»Sí, pero no puedo menos de confesarte que no te entiendo; estás misteriosa, Esperanza.

—»No tal; he notado que hace algún tiempo corres

frenético en busca de emociones nuevas, y yo quiero que experimentes una no menos intensa que las que tú buscas, para que con las otras compares. ¡Bah! — añadió, viendo que me quedaba perplejo, — no creas que te reconvegno; ¿quién no se ha equivocado alguna vez en la vida? Tranquilízate, mi Luis amado; yo no veo... más que tu cariño.

»Me levanté conmovido por tanta bondad, é imprimí un beso en su nacarada frente.

—»Pero ¿en qué quedamos? — añadió con acento jovial. — ¿Vienes ó no?

—»Sí, hija mía, iré donde quieras, seguro de que los ángeles no pueden llevar más que á la gloria.

—»Estás galante en verdad.

—»Es que eres una santa. Adiós, Esperanza, hasta mañana.

—»A las ocho saldremos de aquí; no lo olvidés.

»Me dirigí á la puerta para que ella no viera mis ojos húmedos; pero me detuvo su voz argentina, que decía:

—»Vuelve tu vista hacia la izquierda, ingrato.

»La volví en efecto, y vi al tierno ángel, fruto primero de nuestro amor, que, colocado en su cuna, me sonreía en medio de su sueño; besé con pasión su hechicero rostro, y al retirarme para ocultar mi emoción profunda, dirigí una mirada á Esperanza, y en sus ojos vi la chispa de una alegría sin límites, en sus labios la radiante sonrisa de la más inefable ventura. Me preocupó aquel enigma y no dormí en toda la

noche pensando en las misteriosas palabras de Esperanza y recordando con terror mi conducta, que sólo merecía el desprecio del ángel que pagaba mi abandono con tan acendrada ternura.

»A la mañana siguiente salimos juntos y atravesamos en silencio varias calles; yo esperaba con curiosidad el resultado de aquel misterioso paseo, y ella meditaba. Penetramos al fin en una casa de pobre apariencia, y subimos una empinada escalera; se paró entonces Esperanza, y dijo con acento conmovido:

—»Luis, tu corazón es noble y generoso, tus buenos sentimientos duermen, pero no han muerto, y yo deseo despertarlos haciéndote ver de cerca el triste espectáculo del infortunio, haciéndote comprender las consecuencias que traen los desórdenes de un padre de familia. El alma se eleva al descender al abismo de la miseria, porque desde allí admiramos más al Dios que la subsistencia nos proporciona; el corazón se fortifica para las pruebas de la vida al ver el rudo infortunio que una criatura soporta con santa resignación, y he querido mostrarte estos ejemplos para que tu alma adquiriera su... casi perdida grandeza. Te traigo, en fin, á que conozcas el placer de los placeres, el goce supremo de la caridad. Si te molesto, perdóname, Luis; mi intención es buena.

»Sin dejarme tiempo para contestar, penetró en la habitación que teníamos delante, y me arrastró tras sí.

»En un pobre cuartucho, tan mísero como este, había una infeliz mujer de regular edad, en un estado